

Cristo: ayer, hoy... ¡siempre!

Crucificado, Velázquez



Crocifisso, William Congdon



Por Isabel Fernández Abad

Presidenta de Nártex

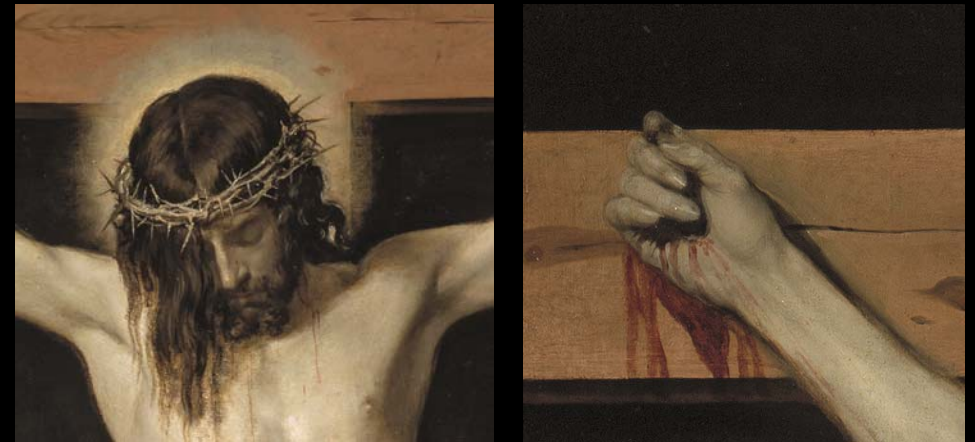
Siempre me ha resultado sugerente el parecido que hay entre el famoso Crucificado de Velázquez (1632) y el Crocifisso de William Congdon, pintado en la década de los 60. Nada tienen que ver a simple vista, el genial maestro barroco con el destacado expresionista abstracto y, sin embargo, se intuye en sus diferentes formas de afrontar el mismo tema una cierta familiaridad, una manera de percibir, una vivencia común de un mismo Misterio: Cristo, ayer, hoy y siempre.

Fue en 1632 cuando Velázquez, por aquel entonces pintor del rey, recibe este singular encargo de la mano de Jerónimo de Villanueva. No era habitual que el pintor recibiera encargos de temática religiosa, pues en la corte realizaba sobre todo retratos y cuadros de temática mitológica. Son así pocas las obras de este tipo con que cuenta el genio en su haber, sin embargo son todas y cada una interpretaciones originales, profundas y certeras del misterio que representan.

Este cuadro que cuelga hoy esplendido en las paredes del **Museo del Prado**, fue realizado para el convento de las Benedictinas de San Plácido, precioso tesoro del Madrid más castizo, escondido en la calle de San Roque, donde todavía hoy reside una pequeña comunidad de hermanas tan encantadoras como ancianas. En su coro colgaría este magnífico lienzo, no a la vista de los fieles, no para el disfrute de nadie, sino para la más íntima y profunda contemplación de **este Dios hecho hombre y muerto por nosotros**.

A tamaño natural y con un misterioso fondo oscuro, nos pinta Velázquez a Cristo y SÓLO a Él, prescindiendo de cualquier añadido, de cualquier contexto que pueda distraer o llevar a un momento concreto de la Pasión. El hombre perfecto, *“la más hermosa de las criaturas”* (Sal 45 3) de cuerpo apolíneo, apenas magullado por los clavos y la lanzada del costado, no parece haber pasado su carne por el brutal martirio al que fue sometido aquel día. Tan sólo un paño de pureza blanco inmaculado, cuatro clavos y la corona de espinas son su atrezo. El madero geométrico y liso se confunde con su cuerpo, y la cartela con la triple inscripción fiel a lo que dice la Escritura.

El Señor descansa, no hay huella de dolor en su gesto, no parece muerto sino sumido en un momentáneo sueño, como si estuviera dispuesto a colgar ahí para siempre. Es un precioso *“me quedo con vosotros, aquí crucificado”* doliente pero glorioso, con la satisfacción del deber cumplido, de la vida entregada, de la humanidad redimida. Qué lejos está ya esa agonía del huerto cuando un sudor de sangre le corría por las sienes, ¡qué lejos están ya!



Detalles rostro y mano: Crucificado, Velázquez

Misteriosa belleza a la que genialmente nos asoma Velázquez. No tiene nuestro Cristo un color mortecino sino un color de gloriosa palidez, una luz tenue pero fulgente ilumina su torso o quizá sale de él. La barba partida en dos como la llevaran los judíos, y la mitad del rostro que vemos nos muestra la serenidad del que ha muerto perdonando.

Cuánto habrán deseado muchos abrazarse a este Cristo que aún crucificado reina majestuoso desde el madero. Cobijarse bajo sus brazos, besar esos pies o retirar delicadamente el pelo de su rostro.

Cuánto deseáramos percibir en nuestro ser, algo de esa fuerza resplandeciente que sale de su cuerpo. Como haría Miguel de Unamuno en su poema al Cristo de Velázquez ¡qué no percibiría su alma a su contemplación de este Cristo!

Nuestro segundo protagonista **William Congdon** estadounidense de nacimiento, había sido considerado ya uno de los mayores exponentes el Expresionismo Abstracto, a la altura de Jackson Pollock o de Mark Rothko y gozaba de un gran prestigio en el panorama artístico de la época.

Tras una serie de intensas vivencias, se traslada a vivir a Venecia desde donde visita Asís y experimenta una profunda conversión que marcará su vida desde 1959. Su genio creador y la cercanía de sus amigos de Pro Civitate Christiana le ayudaron a profundizar en su fe y a plasmarlo en su obra.

Este Crucificado lo pinta tan sólo un año después de su conversión, tiene la fuerza de uno que acaba de conocer el Misterio de Cristo crucificado, de uno que se siente rescatado y consolado en lo más profundo de su ser. Es sin duda más dramático por su técnica que el de Velázquez y no busca tanto mostrar la serenidad del Cristo redentor del maestro barroco, como la **potencia salvadora** del inmenso sacrificio que había hecho por la humanidad.



Detalle central: Crocifisso, W.Congdon

Su cabeza cuelga violentamente muy flexionada, no se le ve el rostro, es un cuerpo agotado, extenuado, pero al igual que el de Velázquez no luce apenas huellas de sangre y un similar color de piel pálida y refulgente nos lleva de uno a otro sin la menor duda de que hay una herencia del primero en el segundo.

Para enfatizarlo aún más, el mismo fondo neutro y el mismo madero que se confunde y se funde con el cuerpo del Señor.

Un genial diálogo desde la fe que entablan ambos artistas a más de 300 años de distancia, y a más de 2.000 años de este mismo Cristo redentor, que misteriosamente nos une entre generaciones, nos redime y nos abraza: ayer hoy y siempre...



*Isabel Fernández Abad es Historiadora del arte
Fundadora y presidenta de Nártex
Profesora y madre de 5 hijos*